

ADOLESCENCIA

CAPITULO XXIV

Donde explico mi cambio de ideas

Dos coches están dispuestos ante la escalinata de la puerta principal de Petrovskoe. El uno es un coche cerrado en el cual se acomodan Mimi, Catalina, Liubotshka y una camarera. El mismo Jacob, el intendente, está en el pescante y lo guía. El otro coche es la calesa en la que monto yo con Volodia y nuestro nuevo lacayo Vassili.

Papá, que vendrá á Moscou dentro de algunos días, está en lo alto de la escalinata, sin sombrero. Hace la señal de la cruz sobre las portezuelas del coche y de la calesa.

—¡Que el Señor sea con vosotros! ¡En marchal

Jacob y el cohero (llevamos caballos propios) se quitan sus gorras de viaje y se persignan:—«¡Que Dios sea con nosotros!»

Los coches se ponen en marcha sobre la vía un poco pedregosa y los abedules de la alameda principal pasan uno tras otro ante nuestros ojos. Yo no siento la menor tristeza. Los ojos del alma ven lo que me espera y no lo que abandono. Cuanto más me alejo de los objetos á que están ligados los crueles recuerdos que me han afligido hasta hoy, más se van debilitando estas tristes memorias,

transformándose rápidamente en una sensación agradable: vivir, sentirse joven, lleno de fuerza y de esperanzas.

Pocas veces he pasado días, no diré tan alegres—me remordería un poco la conciencia—pero sí tan placenteros, tan hermosos como aquellos cuatro días de viaje.

No tenía ya á la vista la cerrada puerta de la alcoba de mamá ante la cual no podía pasar sin un estremecimiento; ni el piano enfundado al que no se acercaba nadie, mirándolo todos con una especie de terror; ni los vestidos de luto, pues nos habíamos puesto nuestros acostumbrados trajes de camino; ni aquellos mil objetos que reavivaban el recuerdo de nuestra irreparable pérdida y me forzaban á contener toda manifestación de vida por temor á ofender la memoria de la muerta.

Ahora, en cambio, se sucedían sin interrupción cuadros nuevos y pintorescos que atraían toda mi atención; la influencia de la primavera infunde en mi alma la satisfacción del presente y las luminosas esperanzas del porvenir.

El último día Catalina estaba conmigo en la calesa. Con su graciosa cabecita inclinada hacia el camino, miraba muy distraída el paisaje que se desarrollaba ante nuestra vista. La examiné en silencio y me admiré de la expresión que por primera vez notaba en aquel rostro sonrosado: no era una tristeza infantil la suya.

—Estamos á punto de llegar,—la dije.—¿Cómo te figuras tú á Moscou?

—No sé,—dijo con mal talante.

—Pero al fin y al cabo ¿cómo crees tú que es? ¿más grande ó más pequeña que Serpukhov?

—No lo sé.

Merced al instinto que nos hace adivinar los pensamientos ajenos y que es el hilo conductor de la conversación, Catalina comprendió que sus respuestas me disgustaban. Al fin levantó la cabeza y me preguntó:

—¿Os ha dicho papá que habitaremos en casa de vuestra abuela?

—Sí; abuelita quiere tenernos en su casa.

—¡Falta saber si estaremos todos juntos!

—Seguramente. Nosotros dispondremos de parte del piso superior, papá habitará en la otra ala y comeremos todos con abuelita.

—¡Mamá dice que la abuela es tan regañona, tan insufrible!

—No; al principio causa esa impresión; después se impone, es verdad, pero no es enojadiza, antes al contrario, muy afable y muy alegre. ¡Si hubieses visto el baile que nos dió el día de su santo!

—No importa, yo le tengo miedo. Además, sabe Dios si nosotras ..

Catalina se interrumpió y se quedó pensativa.

—¿Qué dices?—pregunté con inquietud.

—Nada.

—Sí, has dicho: «Dios sabe...»

—¿Decías que el baile de tu abuela era muy hermoso?

—Sí, ¡qué lástima que no estuvierais vosotras allí! Había mucha gente, unas mil personas y música y algunos generales, y yo he bailado... ¡Catalina!—dije de pronto interrumpiendo mi descripción,—¿no me escuchas?

—Sí, ya te escucho. ¿Decías que has bailado?

—¿Por qué estás tan triste?

—No siempre se puede estar alegre.

—No, tú no eres ya la misma de antes, desde que volvimos de Moscou. Veamos,—continué con aire de resolución,—¿dime por qué has cambiado tanto?

—¿He cambiado?—respondió Catalina con una vivacidad que denotaba cuanto le interesaba mi observación;—no es verdad.

—No, tú no eres la misma de antes,—proseguí.—Antes se comprendía que eras una persona como nosotros en todo y por todo, que nos considerabas como á personas de

tu familia y nos querías como te queremos nosotros; ahora en cambio estás seria siempre y parece que te alejas de nuestro lado.

—Nada de eso...

—No, déjame hablar,—interrumpí.

Empezaba á sentir en la nariz un ligero escozor precursor de las lágrimas, que no dejaban de acudir á mis ojos cuando espresaba un pensamiento que me turbaba desde hacía tanto tiempo.

—Te alejas de nosotros, no hablas más que con tu madre; pareces una persona extraña á nosotros.

—No se puede ser siempre el mismo; es preciso cambiar un día ú otro,—respondió Catalina.

Cuando Catalina no sabía qué decir formulaba alguna ley inexorable; era ésta una costumbre suya. Me acuerdo de que un día Liubotshka cuestionando con ella la llamó «necia». Catalina observó que no podían todos tener talento, que era preciso que hubiera en este mundo imbéciles también. A pesar de su respuesta de que era preciso cambiar un día ú otro, no me dí por satisfecho y continué mis preguntas.

—¿Y por qué es preciso cambiar?

—No siempre viviremos juntos,—respondió Catalina ruborizándose ligeramente y mirando con fijeza la espalda de Felipe, nuestro cochero.—Mamá podía permanecer junto á vuestra madre que era amiga suya, pero ¡quién sabe si podrá avenirse con la condesa que dicen que es tan exigente! Por otra parte, será necesario que un día ú otro nos preparemos á separarnos: vosotros sois ricos, tenéis un Petrovskoë y nosotras somos pobres; mamá no tiene nada.

«¡Vosotros sois ricos; nosotras pobres!» estas palabras y las ideas que despertaban en mi alma me parecieron muy extrañas. En mi juicio de entonces, yo no conocía otros pobres que los mendigos y los jornaleros y me era imposible asociar la idea de pobreza con la bella y graciosa

Catalina. Imaginaba que Mimí y su hija tenían que vivir eternamente con nosotros, que siempre debían habitar con nosotros y participar de todo lo nuestro; y me parecía que no podía ser de otro modo. Las palabras de Catalina me sugirieron mil pensamientos nuevos y confusos sobre su situación y me sentí apenado al pensar que nosotros éramos ricos, mientras que ellas no lo eran. Tanto me afligió esta idea, que me ruboricé y no tuve ánimo de mirar á la cara á Catalina.

—¿Qué importa,—pensé,—que nosotros seamos ricos y ellas pobres? ¿es esta razón bastante para separarnos? ¿Por qué no repartirnos en partes iguales lo que tenemos? Comprendí sin embargo que no era oportuno comunicar estas ideas á Catalina. Una especie de instinto práctico me ponía en guardia contra mis deducciones lógicas y me advertía que Catalina tenía razón y que no era conveniente hacerle conocer mis sentimientos.

—¿Nos abandonarás de veras?—le dije solamente.—

¿Cómo podremos vivir separados unos de otros?

—Yo también lo sentiré muchísimo; pero ¿qué hacer? Cuando llegue ese caso, ya sé yo lo que haré...

—Te harás actriz... ¡Qué tontería!—la interrumpí, sabiendo que el teatro había sido siempre su sueño predilecto.

—No, eso lo decía yo cuando era niña...

—Entonces ¿qué harás?

—Entraré en un convento y viviré allí; llevaré un vestido negro y una pequeña cofia de terciopelo—y Catalina se echó á llorar.

¿No os ha ocurrido nunca, ¡oh lectores! notar en un momento dado de vuestra vida, que vuestro modo de considerar las cosas cambia completamente como si todos los objetos se os aparecieran de improviso bajo un aspecto nuevo y desconocido? Análoga transformación se produjo en mi por primera vez durante este viaje que fué el punto de partida de mi adolescencia.

Por primera vez tuve la percepción clara de que nosotros ó sea nuestra familia, no estábamos solos en la tierra; que alrededor nuestro se agitaba un mundo extraño á nosotros; que había otras infinitas personas que no tenían nada de común con nuestra familia y que ni siquiera conocían nuestra existencia. Ciertamente yo me sabía esto antes en teoría, pero no como lo supe á partir de aquel instante; antes sólo lo presentía, pero no adivinaba claramente la realidad.

Para cada uno de nosotros hay una vía sola por la que se llega á este cambio moral y este camino es á menudo muy diverso del que habríamos seguido si de improviso no se hubiese abierto ante nosotros.

Para mí esta vía me la reveló la conversación con Catalina, que me turbó profundamente, obligándome á reflexionar sobre el porvenir de Mimi y de su hija. Miraba los pueblos y las ciudades que atravesábamos y en donde al parecer habitaba en cada casa una familia al menos, como la nuestra.

Las mujeres y los niños miraban nuestros coches con curiosidad momentánea y desaparecían para siempre de nuestros ojos; los comerciantes y los campesinos no sólo dejaban de imitar á los Petrovskoe, sino que ni aún nos honraban con una mirada. Por primera vez me hice esta pregunta: «¿De qué se ocuparán esas gentes, puesto que no se cuidan de nosotros?» Y esta pregunta arrastró consigo otras varias. ¿Cómo y de qué viven? ¿cómo educan á sus hijos? ¿les pagan preceptores que los enseñen? ¿los dejan jugar? ¿Cómo los han llamado? etc.

CAPITULO XXV

En Moscou

Mi manera de ver las cosas y las personas y mis relaciones con unos y con otros se modificaron más profundamente aun en Moscou.

La primera vez que volví á ver á la abuela y noté su cara demacrada y rugosa y sus ojos apagados sentí en vez del terror y de la sumisión respetuosa que me había inspirado hasta entonces, una gran compasión. Cuando apoyó el rostro en la cabeza de Liubotshka sollozando, como si estuviese ante el cadáver de su hija querida, mi compasión se trocó en ternura. El espectáculo de su dolor al vernos, me causaba pena, tenía la conciencia de que á sus ojos no representábamos casi nada y que sólo le éramos queridos en cuanto le recordábamos el pasado. Sentía que todos los besos con que cubría nuestras mejillas no expresaban más que esta idea: «Ella no existe ya; ha muerto y no la veré más.»

Papá, que en Moscou no se ocupaba casi de nosotros y á quien no veíamos más que á las horas de la comida, vestido con levita negra cerrada ó de frac, con aspecto siempre pensativo, comenzó á decaer ante mi consideración. Ya no me admiraban los altos cuellos de su camisa que sobresalían de su levita, ni su bata elegante, ni me interesaban sus intendentes, ni sus paseos ni sus cacerías en los cotos.

Carlos Ivanovitch, á quien abuelita llamaba *nuestro ayo* y que ¡Dios sabe por qué! había tenido la ocurrencia de

cubrir su venerable frente calva con una peluca roja, me pareció tan extravagante y tan ridículo que me sorprendía no haberlo notado antes.

Una especie de barrera invisible se levantaba poco á poco entre las muchachas y nosotros los varones; ellas tenían sus secretos y nosotros los nuestros. Se diría que nos despreciábamos mutuamente desde el instante en que ellas vistieron sus vestidos largos y nosotros nuestros pantalones de hombre.

El primer domingo después de nuestra llegada, Mimi se presentó á la mesa con un vestido tan vistoso y con tantos lazos á la cabeza que se echaba bien de ver que ya no estábamos en el campo y que en la capital debía variar la manera de vivir.

CAPITULO XXVI

Macha

De todos los cambios que se produjeron en mi modo de ver, ninguno me causó mayor impresión que el haber por primera vez sentido *la mujer, la hembra*, en una de nuestras camareras.

Hasta entonces no había visto en ella más que á un sirviente del sexo femenino y he aquí que se me presentaba un sér de quien podía depender hasta cierto punto mi reposo y mi felicidad.

Me acuerdo de haber visto siempre á Macha en nuestra casa y no haberle dedicado nunca la menor atención hasta que un acontecimiento que voy á referir vino á trastornar todas mis ideas con respecto á ella. Macha tenía veinticinco años cuando yo tenía aún catorce; era muy her-

mosa, pero no me atrevo á describirla por miedo á que la fantasía me represente aquella imágen hechicera y enigmática que se había formado en mi mente en la época de mi pasión.

Me contentaré con decir que era extraordinariamente blanca, muy hermosa, que era una mujer y que yo tenía catorce años.

En uno de aquellos momentos en que con el libro de la lección en la mano, os paseáis por vuestra habitación procurando no pisar ciertas junturas del enlosado, ó bien os ponéis á cantar una necia canción ú os entretenéis en manchar con tinta la mesa en que escribís; mejor dicho, en uno de esos momentos en que la mente se niega á trabajar y la imaginación tomando la iniciativa, busca impresiones que la ocupen, salí de clase y me dirigí sin objeto alguno hacia la escalera.

Sentí que subía una persona calzada con zuecos, y naturalmente quise ver quién era; pero los pasos cesaron de pronto y oí la voz de Macha.

— ¡Vaya! ¡nada de tonterías!... ¡Está aquí María Ivanovna! ¡Buena la haríamos si lo viera!

— No está, — murmuró Volodia, y oí el ruido de una lucha como si mi hermano quisiera detener á la joven.

— Quiere usted dar paz á las manos... ¡Qué chiquillo!...

Y Macha pasó por delante de mí corriendo. Su pañuelo del cuello se había abierto y colgaba, dejando ver su seno blanco y turgente.

No podría decir la extrañeza que me causó este descubrimiento, pero de pronto la sorpresa cedió el paso á la simpatía. No era ya la acción de Volodia lo que me turbaba, sino más bien el hecho de que él hubiese adivinado que la joven podría procurarle placer, y sentí deseos de imitarle.

En los días siguientes, pasé horas enteras en el descan-

sillo escuchando con la mayor ansia todos los rumores que venían del piso superior, pero no pude encontrar nunca la ocasión de imitar á Volodia, cosa que era lo que yo más deseaba en el mundo.

A veces, escondido detrás de la puerta, escuchaba con doloroso sentimiento de celos el ruido que llegaba de los aposentos de la servidumbre y me preguntaba lo que ocurriría si yo entrase ó tratase, como Volodia, de abrazar á Macha. Me preparaba, con mi nariz gruesa y mis cabellos encrespados, á responder bien cuando ella me preguntase que buscaba allí.

A veces la oía decir á Volodia: «¡Quiére usted dejarme en paz! ¡Vaya un chiquillo! ¿sí... ó no? Nicolás Petrovitch no haría estas cosas!—La pobre no se imaginaba que en aquel mismo momento Nicolás Petrovitch, escondido bajo la escalera, habría dado diez años de vida por encontrarse en el caso de aquel bribonzuelo de Volodia.

Era tímido por naturaleza, y la persuasión de mi fealdad aumentaba mi timidez. Estoy convencido de que nada ejerce una influencia tan grande en el modo de conducirse un hombre, como su exterior y el sentimiento de no ser atractiva su figura.

Tenía demasiado amor propio para resignarme y ser feo, y me consolaba como la zorra, diciéndome á mi mismo que las uvas estaban verdes aún. En otras palabras, me esforzaba en despreciar todos los placeres que proporciona la belleza y que constituían, según mi juicio, la única aspiración de Volodia. Le envidiaba con toda mi alma, mientras hacía toda clase de esfuerzos para encontrar consuelo en mi aislamiento orgulloso.

CAPITULO XXVII

Los perdigones de caza

— ¡Dios mío! ¡esto es pólvora!—gritó Mimí con voz sofocada por la emoción.—¿Qué estáis haciendo ahí? ¿Queréis prender fuego á la casa? ¿queréis matarnos á todos?...

Con expresión de heroísmo imposible de describir, Mimí mandó que nos alejásemos; se dirigió con largos pasos y firme resolución hacia los perdigones de plomo que rodaban por el pavimento, los pisoteó desafiando el peligro de una explosión súbita, y cuando creyó que el peligro no era tan inminente, llamó á un criado y le mandó que echase fuera y con preferencia al agua toda aquella *pólvora*.

Después de lo cual agitó orgullosamente la cofia y salió del salón exclamando: ¡Si eso fuera por mí! ¡Felizmente están muy bien vigilados!

Cuando papá salió de su habitación y vino á la de mi abuela con nosotros todos, encontró allí á Mimí que se nos había adelantado. Sentada junto á la ventana, con cierto aire de reto y con expresión entre misteriosa y solemne miraba hacia la puerta de entrada. Tenía en la mano un objeto envuelto en un pliego de papel y me imaginé que fuesen los perdigones, y que mi abuela lo sabía ya todo.

En la habitación de la abuela, además de Mimí, estaba

la camarera Gascha, que parecía agitada por violenta emoción, lo cual se adivinaba en su rostro encendido y sus miradas furibundas, y con ella el doctor Blumenthal, un hombrecillo picado de viruelas que en vano trataba de calmar á Gascha con guiños y con movimientos de cabeza, propios de un pacificador.

—¿Cómo está usted hoy, mamá? ¿ha dormido usted bien?—dijo papá besándole respetuosamente la mano.

—Muy bien, querido mío; ya lo sabe usted; supongo que yo siempre estoy bien,—respondió la abuela en el mismo tono que si la pregunta de papá fuese importuna ú ofensiva.—Oye,—continuó volviéndose hacia Gascha; ¿y mi pañuelo limpio?

—Se lo he dado á usted ya,—respondió Gascha indicando un pañuelo de batista, blanco como la nieve, y que estaba sobre el sillón.

—Llévese usted este trapo sucio y tráigame usted un pañuelo limpio.

Gascha fué hacia la cómoda, abrió uno de los cajones y lo cerró con tal violencia, que hizo retemblar los cristales de la ventana. La abuela nos miró á todos con ojos terribles, y después empezó á seguir con la vista todos los movimientos de la doncella. Cuando ésta le presentó el pañuelo (á mí me pareció que era el mismo), la abuela le dijo:

—¿Cuándo me molerá usted un poco de tabaco, querida mía?

—Cuando tenga tiempo.

—¿Qué dice usted?

—Digo que voy en seguida.

—Si usted no quiere servirme, querida mía, haría usted mejor en decirlo. ¡Hace tanto tiempo que estaría usted fuera de mi casa!

—¡No me he de morir porque usted me despida!—masculló Gascha.

El doctor empezó de nuevo á guiñar el ojo, pero Gas-

cha le mostró una cara tan seria y huraña, que el pobre hombre volvió la cabeza y se puso á jugar con la llavecita del reloj.

—¡Ve usted, ve usted, querido amigo!—dijo la abuela volviéndose á papá, después que Gascha hubo salido gruñendo de la estancia,—ve usted como me tratan en mi casa!

—¿Me permite usted, mamá, que le muela yo el tabaco?—dijo papá, que parecía un poco turbado ante aquel apóstrofe imprevisto.

—No, mil gracias. No es tan mala que deje de hacerlo, porque sólo ella sabe moler el tabaco á mi gusto... ¿Sabe usted, querido,—continuó la abuela después de breve pausa,—que sus hijos iban á prender fuego á la casa no hace mucho?

Papá la miró con expresión de respetuosa curiosidad.

—Sí, aquí verá usted con lo que jugaban. Muéstrelo usted,—añadió volviéndose á Mimi.

Papá cogió el papel y al abrirlo no pudo menos de sonreírse.

—Pero, mamá, sino son más que perdigones para caza,—dijo,—no ofresen el menor peligro...

—Le agradezco á usted infinitamente, querido, que me dé lecciones de este género... pero ya soy yo demasiado vieja...

—¡Los nervios, los nervios!—murmuró el doctor.

Papá se volvió hacia nosotros y nos preguntó severamente:

—¿Dónde los habéis tomado? ¿Cómo os permitís jugar con estas cosas?

—Es inútil interrogarles; lo que importa es suplicar á *ayo* que les vigile un poco mejor,—dijo mi abuela pronunciando la palabra *ayo* con el acento del mayor desprecio.

—Volodia dice que ha sido Carlos Ivanovitch quien le ha dado esta *pólvora*,—interrumpió Mimi.

—¡Vea usted que vigilante!—continuó la abuela.—¿Dónde está ese *ayo*? Hágalo usted venir aquí.

—Le he dado permiso para salir,—dijo papá.

—Eso no está bien hecho; su obligación es estar siempre con los niños. No son hijos míos, son de usted, y usted que tiene más inteligencia que yo, no tiene necesidad de mis consejos, pero me parece que ya sería tiempo de darles un buen preceptor, en vez de un *ayo* que es una especie de bárbaro germano. Sí, un imbécil y un bárbaro que no sabe enseñarles nada más que chocarrerías y cantos tiroleses. Ahora pregunto yo ¿qué necesidad tienen estos niños de cantar tirolesas? Por lo demás, *ahora* ya no hay nadie que se ocupe de ellos y pueden hacer lo que se les antoje.

Aquel *ahora* significaba: «¡Como no tienen ya á su mamá!...» y aquel *ahora* renovó tristes recuerdos en la abuela que, pensativa, bajó los ojos sobre la tabaquera cuya tapa tenía el retrato de mamá.

—Pensaba en eso hace tiempo,—se apresuró á decir papá, — quería pedirle á usted su opinión. ¿No le parece á usted que tomemos á Saint-Jérôme puesto que ya les da lecciones?

—Haréis muy bien, amigo mío,—dijo la abuela con voz más dulce.—Saint Jérôme es un buen preceptor que sabe educar á los niños de buena familia y no un simple *ayo* que no sirve más que para llevarlos á paseo.

—Le hablaré mañana mismo,—dijo papá.

Dos días después, en efecto, Carlos Ivanovitch cedió el puesto á un joven profesor francés.

CAPITULO XXVIII

Historia de Carlos Ivanovitch

Por la noche, la última que Carlos Ivanovitch debía pasar á nuestro lado, se encontraba nuestro ayo en pie junto á la cama con su bata de algodón, su gorro rojo á la cabeza é inclinado sobre su maleta arreglaba con cuidado su ropa blanca.

Durante dos días, Carlos Ivanovitch había estado muy serio con nosofros; hubiérase dicho que hacía todo lo posible por evitar toda clase de relaciones con sus discípulos. Aquella misma noche al entrar yo en su habitación se contentó con lanzarme una rápida ojeada y continuó poniendo en orden su maleta.

Me eché sobre su cama, lo cual estaba prohibido, pero Carlos Ivanovitch no me dijo nada. La idea de que no tenía yo ninguna autoridad sobre nosotros, me hizo sentir vivamente la próxima separación. Estaba triste al pensar que ya no nos quería y sentí la imprescindible necesidad de espesarle mi tristeza.

—¿Quiere usted que le ayude, Carlos Ivanovitch?—dije acercándome á él.

Carlos Ivanovitch me echó otra ojeada, pero no me contestó. En aquella ojeada no leí la indiferencia á que yo atribuía su frialdad, sino un dolor vivo y sincero.

—Dios lo ve todo y lo sabe todo ¡hágase siempre su santa voluntad!—dijo enderezando su alta estatura y suspirando profundamente.

—Si, Nicolás,—continuó notando la expresión sincera de cariño con que yo le miraba; mi suerte es ser desgraciado; lo he sido desde la infancia y continuaré siéndolo hasta el sepulcro. Siempre me han devuelto mal por bien, y mi recompensa no la alcanzaré en este mundo sino *allá arriba*—y mostró el cielo.—Si conociese usted mi pasado y cuanto he sufrido durante mi vida! He sido zapatero, soldado, desertor, fabricante, preceptor y ahora soy un cero á la izquierda...

Como el hijo de Dios, no tengo donde reclinar mi cabeza.

Cerró los ojos y se dejó caer en la poltrona.

Comprendí que Carlos Ivanovitch estaba sobrecogido de profunda emoción, en medio de la cual, sin hacer atención á quien estaba presente, hablaba para desahogarse el corazón; me senté sobre la cama sin decir nada, mirando su cara que expresaba tanta bondad.

—Ya no es usted un niño y podrá comprenderme; le contaré mi historia y todo lo que he sufrido en mi vida. ¡Día vendrá en que piense usted en el viejo amigo que les ama á ustedes tanto, hijos míos!

Carlos Ivanovitch apoyó uno de los codos sobre la mesa que estaba á su lado, sorbió un poco de rapé, levantó los ojos al cielo y con aquella misma voz monótona y gutural con que nos dictaba nuestros ejercicios, empezó su narración de este modo: «Mis desgracias comienzan desde cuando estaba aún en las entrañas de mi madre...» Repitió la misma frase en alemán con profunda emoción.

Espero poder referir la historia de Carlos Ivanovitch palabra por palabra,—no suprimiendo más que las faltas de sintaxis,—porque me habló después repetidas veces sobre su pasado, siempre en los mismos términos y con la misma entonación.

¿Era ésta realmente la historia de su vida? ¿Era tan sólo el fruto de su imaginación, novela forjada durante una vida solitaria en nuestra casa y que á fuerza de repetírsela

había concluido por creer él mismo? ¿Se había entretenido en revestir con colores fantásticos hechos reales? Son estas preguntas que aún me dirijo sin acertar á resolverlas. En verdad, contaba su historia con una emoción tan sincera, con tal orden y método, que le daba el mayor carácter de veracidad, pero por otra parte su historia era demasiado poética y el exceso de poesía daba lugar á ciertas sospechas.

«Por mis venas,—prosiguió,—corre la noble sangre de los condes de Zommerblatt. Nací seis semanas después del matrimonio. El marido de mi madre (yo le llamaba papá) ero un arrendatario del conde de Zommerblatt. No pudo nunca olvidar la vergüenza de mi madre y no me amaba. Tuve un hermanito que se llamaba Juan y dos hermanas, pero yo era un extraño en mi propia familia. Cuando Juan hacía alguna travesura, papá decía: ¡Con este Carlos nunca tendré un momento de reposo! Y me reñían y me castigaban. Cuando mis hermanitas disputaban entre sí, papá decía: ¡Carlos será siempre desobediente! Y me reñían y me pegaban. Sólo mi buena mamá me quería y me acariciaba... A menudo me decía: Carlos, ven á mi habitación, y allí me besaba sin que los demás lo viesen. —¡Pobre Carlos mío!—decía,—nadie te quiere, pero yo no te cambiaría por todos los tesoros del mundo. Tu madre, —añadía,—no te pide más que una sola cosa: que trabajes con fe y que seas siempre un hombre honrado y Dios no te abandonará.—Yo hacía lo que podía.

Cuando tuve catorce años y estuve en condiciones de hacer mi primera comunión, mamá dijo á papá:—Gustavo, Carlos es ya un hombrecito, ¿qué hemos de hacer de él?—Y papá respondió:—No lo sé.—Entonces mamá le dijo:—Mandémosle á la ciudad á casa de Herr Shultz y métamole á zapatero.—El papá dijo:—Está bien.

Seis años y seis meses estuve en la ciudad como zapatero y el amo me quería mucho. Frecuentemente decía:—Carlos es un buen obrero y pronto será mi asociado.

—Pero el hombre propone y Dios dispone... En 1796 se decretó una leva de soldados y todos los que contaban de diez y ocho á veinte y un años y que eran aptos para para el servicio militar tuvieron que reunirse en la ciudad.

Papá vino con mi hermano Juan y se echaron suertes sobre aquel que debía ir ó no al servicio. Juan sacó un número muy bajo y tenía que entrar en filas; yo saqué uno muy alto y quedé libre. Papá dijo entonces:—Tenía un sólo hijo y ahora he de separarme de él!

Le tomé la mano y le dije:—¿Por qué habla usted así, padre mío? Venga usted conmigo y le haré ver quien soy. —Papá vino conmigo y nos sentamos á una mesita en la hostería.—Denos usted dos botellas de cerveza,—dije. Nos las sirvieron. Bebimos un vaso y Juan bebió también.

—Papá,—exclamó,—no diga usted «tenía un sólo hijo y he de separarme de él». El corazón me late muy fuerte cuando le oigo hablar de ese modo. Mi hermano Juan no se marchará, ¡iré yo en vez de él!... Nadie necesita á Carlos y Carlos será soldado!—¡Carlos Ivanovitch, eres un buen muchacho!—dijo el papá y me abrazó.

Fuí soldado.

CAPITULO XXIX

Continúa la historia de Carlos Ivanovitch

Aquel era un periodo terrible, Nicolás; era la época de Napoleón. El emperador quería conquistar la Germania y nosotros defendíamos nuestra patria con heroica resolución. Estuve en Ulma, en Austerlitz, en Wagram...

—¿Se ha batido usted?—interrumpí mirándole con estupor.—¿Ha matado usted á alguien?...

Carlos Ivanovitch se apresuró á tranquilizarme.

—Una vez cierto granadero francés, que se había rezagado, cayó á un lado del camino. Corrí hacia él para traspassarlo con mi bayoneta, pero él me tendió el fusil gritando: «¡Perdón!» y le dejé marchar.

En Wagram, Napoleón nos había encerrado en una isla, de modo que no había medio de salvarse. Permanecimos tres días sin comer y el agua nos llegaba hasta la rodilla. ¡Aquel bellaco de Napoleón no quería cogernos ni dejarnos salir!

El cuarto día, gracias á Dios, nos hizo prisioneros y nos mandó encerrar en un castillo. Yo tenía un pantalón azul, un capote de paño, quince thalers en metálico y un reloj de plata que me había regalado papá. Un soldado francés me lo quitó todo. Por fortuna me quedaron aún tres ducados que mamá me había cosido en el chaleco y que no pudieron encontrar los franceses.

No me había resignado á la idea de permanecer mucho tiempo en el castillo y decidí fugarme. Un día en que se celebraba una fiesta dije al sargento que nos vigilaba:—Señor sargento, hoy es fiesta y quiero celebrarla. Haga usted el favor de traer dos botellas de Madera y beberemos juntos.—El sargento respondió:—Muy bien.—Después que el sargento hubo traído el vino de Madera y en cuanto apuramos una copita, le tomé por la mano y le dije:—Señor sargento, ¿acaso tiene usted padre y madre?—El respondió:—Sí, señor Mayer. Mis padres no me han visto desde hace más de ocho años y ni siquiera conocen mi paradero; no saben si mis huesos reposan ya en la húmeda tierra.—¡Oh, señor sargento, tengo dos ducados que estaban cosidos en el forro del chaleco; tómelos usted y déjeme marchar. Sea usted mi bienhechor y mi madre rezará durante toda su vida por usted á Dios omnipotente.

El sargento bebió otro vaso de madera y dijo:—Señor